

A HOMBROS DE GIGANTES

“Dios ha muerto, Marx ha muerto y yo estoy mu malito – Viva Cuenca”
Inscripción en un objeto encontrado
Fundación Antonio Pérez. Cuenca

Este año, en este espacio de Textos Fundamentales os proponemos volver sobre el tema que, por la obligación de mantenernos separados, tuvimos que interrumpir el curso pasado, es decir, el Cártel en la Escuela.

Hoy, para volver a relanzar el debate comenzaré por comentar el título que he elegido para mi presentación y que tomo prestado del título de un libro de Umberto Eco publicado en septiembre de 2018, Ed. Lumen, que recoge una serie de conferencias dictadas entre 2000 y 2015.

A su vez es el título de una de las conferencias, en concreto la que abre la serie, en la que, a propósito de esta frase, tomada de una cita atribuida a Bernardo de Chartres, Umberto Eco plantea la tesis de que el saber avanza bajo la égida del parricidio de la generación de los padres para lo cual, dice, hay que subirse a hombros de los gigantes de generaciones anteriores. Así, por ejemplo, comenta que si S. Tomás de Aquino pudo superar las enseñanzas de su maestro S. Alberto Magno fue subido a hombros de la Lógica de Aristóteles que en aquel momento estaba siendo recuperada para el saber de la teología.

En la cita que Eco toma de Bernardo de Chartres éste dice que quien viaja subido a hombros de un gigante puede ver más horizonte porque su punto de vista es más elevado que el del propio gigante a hombros del cual va. Una imagen tan gráfica parece requerir de pocos comentarios, pero se me ocurre uno que hace que la imagen ya no parezca tan obvia ya que añade un inconveniente: para ver más lejos que el gigante a hombros del cual se viaja hay que saber mirar más lejos que él.

En ese sentido, permitidme que formule una pregunta para complicar un poco más la cuestión, especialmente en lo que concierne al tema que nos ocupa: ¿de qué gigante se trata cuando nos proponemos viajar subidos sobre sus hombros?

Os propongo dos respuestas a esta última pregunta, dos respuestas contradictorias, al menos en apariencia, en lo que a puntos de vista se refiere. La expresión “viajar subido a hombros de un gigante” parece venir del mito del gigante

Orión, cegado por una venganza y a quien Hermes le presta su criado Celadión para que, subido éste sobre sus hombros, lo guíe hacia el extremo oriente donde Helios le devolverá la vista, por lo cual Celadión, que conserva la capacidad de ver, viaja subido a hombros de un gigante ciego para guiarlo.

La otra imagen que os propongo viene de la tradición cristiana y aparentemente no tiene nada que ver con la frase que comentamos. Me refiero a S. Cristóbal, gigante al menos en comparación con el niño que lleva sobre sus hombros y a quien ayuda a travesar un río demasiado peligroso para el niño solo. Si tenemos en cuenta que según el relato místico de la tradición cristiana este niño es una encarnación de Jesús para la ocasión, podemos pensar que es el gigante Cristóbal quien sostiene a Dios en la travesía por las dificultades del río de la vida.

No me detendré a traducir estas imágenes a conceptos que nos son tan queridos por parecerme una traslación obvia y, permitidme, algo carente de fuste, aunque su poder evocador persista. Prescindo, por tanto, de la tranquilidad de los conceptos acuñados e inmutables.

Un objeto encontrado.

También quiero detenerme un momento en mi exordio, empezando por su hallazgo para esta ocasión. En la tensión de los días de preparación de este texto que hoy os presento, en la tensión de la acumulación y puesta en relación de ideas y argumentos para tratar de provocar, de volver a provocar el debate sobre la importancia del Cártel en la Escuela, sobre la importancia de la propuesta de Lacan de entrar en la Escuela a través del Cártel -¿sobre qué gigante subirse para atravesar el río, siempre turbulento, del saber psicoanalítico?- en la tensión de estos días previos, digo, mientras me duchaba, recordé, como si fuera un chiste, esta frase por mí largo tiempo olvidada recordando también la imagen visual de mi primer encuentro con ella. De hecho, el “objeto encontrado”, que es como hallareis la referencia en Internet, es una señal de “Coto privado de caza”. Quizá a más de uno le acaban de caer encima una o dos interpretaciones. Yo también lo experimenté pero no voy a entrar en ellas para no distraer la atención.

Tampoco quiero glosar la cita inscrita sobre dicho objeto para no sepultarla bajo consideraciones supuestamente eruditas y bajo lugares comunes. Para lo que hoy nos interesa sólo me detendré en dos significantes. Uno es el “mu malito”, que parece la consecuencia de las dos premisas anteriores, que podemos leer como la muerte de dos posibles Nombres del Padre. Javier Porro señalaba en su intervención, al menos así lo entendí, que no hay garantía en el Saber porque la tumba del padre está vacía, lo cual no supone, es mi lectura, que no pueda darse ya el parricidio del que habla Umberto Eco porque, para mí “Nombre del Padre” es un juicio de atribución, no un juicio de existencia. Juicio de atribución en cuya formulación el síntoma de cada uno, lo más íntimo de cada Uno, cuenta. Cómo cuenta ya es otra cuestión.

El otro significante en el que quiero detenerme es el “Viva Cuenca” que aparece tras el guión y que, al menos a mí, me parece una respuesta al silogismo que hay antes del guión, silogismo que podríamos leer así: “(Si) Dios ha muerto, (y si) Marx ha muerto, (entonces) yo estoy mu malito”. Por tanto, y para calmar mi malestar por la desaparición de estos Nombres del Padre de los que ya no puedo servirme, “Viva Cuenca”. Como veis, también yo intento ampararme en la lógica aristotélica.

Vista así, con esta forma silogística, el conjunto de la inscripción, ¿cómo puedo leer este “Viva Cuenca”? Mi respuesta a esta pregunta, es mi lectura, mi interpretación, me remite a estos tiempos pos-modernos, a estos tiempos de después de la modernidad en los que ya no hay padres a los que matar porque estos padres se han vuelto impersonales, se han volatilizado y han quedado reducidos a un impersonal “hay que...” sugerido por las imágenes y los eslóganes que me rodean y que, si no pienso, o si pienso con un pensamiento débil como se me propone en estos tiempos actuales, acaban por imponerse convertidos en una especie de mandato superyoico que sólo sostendría una imagen idealizada de mí mismo, lo que no tiene nada que ver con un Nombre del Padre que apuntaría más al proceso de constitución del Yo.

Es por lo que puedo leer este “Viva Cuenca” como un llamamiento a la identificación entre iguales como sucede, por ejemplo, en la ciencia actual en la que el debate, que me forzaba a sostener un criterio, ha sido reemplazado por el acuerdo, por el consenso, muchas veces consecuencia de una votación democrática como sucedió, por ejemplo, cuando Plutón fue degradado a la categoría de planeta enano. Acuerdos o consensos que imponen, o parecen imponer un pensamiento único. ¿No os recuerda esto al fascismo?

Enanos subidos a hombros de enanos para parecer gigantes, dirá Umberto Eco. Estoy de acuerdo, y es una imagen que me incomoda porque me reduce a ser un enano entre enanos en esta comunión fraternal de enanos desapasionados por mucho que ande subido a hombros de otro a cuyo saber, o a cuya apariencia de saber recurra.

Un río turbulento.

Antes he nombrado al Saber del psicoanálisis como un río turbulento. Me explicaré recurriendo a una imagen aparentemente clara sacada de uno de los textos que hemos propuesto también este año para su comentario: “La equivocación del Sujeto supuesto Saber”. En la página 351-2 de los *Otros escritos* podéis leer lo que ahora cito de manera extensa:

“Atengámonos a este contraste: la astucia de la razón mostraría al fin su juego.

“Esto nos remite a aquello que mencionamos un poco rápidamente. Si la ley de la naturaleza (Dios de la física) es complicada, ¿cómo puede ser que solo la alcancemos jugando la regla del pensamiento simple, a la que entendemos así: la que no redobla su hipótesis para que ninguna de ellas se vuelva superflua? ¿Lo que así fue ilustrado en el

espíritu de Occam con su navaja no nos permitiría, por lo poco que sabemos, rendir homenaje al inconsciente por un filo que, en suma, reveló ser bastante cortante?

“Esto nos introduce mejor quizás a ese aspecto del inconsciente por el cual este no se abre sino en la medida en que resulta que se cierra. ¿Se vuelve entonces más coriáceo a una segunda pulsación? La cosa es clara a partir de la advertencia donde Freud previó tan bien lo que se produjo en la clínica media, fiándose de sus discípulos para que pongan allí lo suyo, con una inclinación –tanto mejor intencionada, cuanto menos intencional- a ceder a lo irresistible del *behaviorismo* para pavimentar esa vía.

“Donde el discurso presente permite vislumbrar lo que se formula para quien lee a Freud en nuestra escuela al menos: que la disciplina conductista se define por la negación [*Verneinung*] del principio de realidad.

“¿No convendría aquí devolver su lugar a la operación de la navaja, subrayando que mi polémica no es digresión aquí ni en otra parte, para demostrar que es en la juntura misma del psicoanálisis con el objeto que él suscita, donde el psicoanalista abre su sentido por ser su desecho práctico?

“Porque donde parece que denuncio como traición la carencia del psicoanalista, ciño la aporía con la que articulo este año el acto psicoanalítico.

“Acto que fundo en una estructura paradójica por el hecho de que en él el objeto es activo y el sujeto subvertido, y donde inauguro el método de una teoría por el hecho de que ella no puede, con toda corrección, considerarse irresponsable de los hechos que se comprueban en una práctica.

“Así, es en lo vivo de la práctica que hizo palidecer al inconsciente donde ahora tengo que asumir su registro”.

Lacan subido a hombros del gigante Freud para pasar por encima de las limitaciones teóricas impuestas por la generación que lo precedía. Veamos las consecuencias de esta osadía.

En la cita no está dicho de manera explícita, pero de ella saco la idea de que en el saber psicoanalítico no hay una correspondencia clara, como sí se quiere que suceda por ejemplo en la medicina o en determinadas prácticas psicológicas que conocemos, entre la teoría y la práctica de forma que ambas, teoría y práctica, acaban por reforzarse una a la otra al ser la primera causa y consecuencia de la segunda.

La práctica del psicoanálisis es Uno por Uno, lo que obliga al analista, si sigue el consejo de Freud, a escuchar a cada paciente y en cada sesión como si fuera su primer paciente. No hay, por tanto teoría que permita calcular el acto del analista que es la interpretación, en lo que quiera que esta consista, ni consecuencias a extraer del éxito o fracaso de una intervención del analista para que sean aplicadas a la construcción de una teoría que sostenga el siguiente cálculo. De ahí la importancia del Control para que el

analista aprenda sobre sí mismo a partir de sus propios aciertos y de sus propias dificultades.

Por tanto, si los casos no son acumulables ya que tozudamente se reducen a su singularidad si se cree en el Principio de realidad, que siempre se refiere a una realidad singular, y si se cree en su contrapartida del Principio del placer, si ambos principios son tomados en su valor de premisas para entender un acontecimiento singular como es la manifestación del inconsciente, ¿cómo y dónde se construye este Saber del psicoanálisis? Esto me lleva a otra pregunta: ¿es lo mismo decir “Saber del psicoanálisis” que decir “Saber del psicoanalista”?

De momento no responderé a esta última pregunta, pero sí deseo prevenir sobre las respuestas sencillas, obvias, sobre esas interpretaciones que nos caen encima como frutos prohibidos del paraíso de la tranquilidad. Como comentaba Rosa Bardisa en su intervención del curso pasado, el sentido de estas interpretaciones sobrevenidas es las más de las veces religioso al estar fundado en una creencia con valor de “para todo...”, y el sentido religioso sólo hace iglesia, no Escuela.

Entonces, ¿cómo entender una Escuela que, como premisa fundamental de su institución, dice que no suministra este Saber?

Ya avanzada esta exposición me detendré brevemente en una cuestión difícil pero que en este momento de mi exposición me parece pertinente. Si “Teoría” en su acepción etimológica quiere decir “contemplación, meditación, estudio” (del griego *Theorós*, “espectador”), ¿qué diferencia cabe pensar entre Saber y Conocimiento?

Se me ocurre una primera aproximación a una respuesta: si “Conocimiento” deriva del latín *cognoscere*, conocer, lo que me hace pensar a la Teoría como la facultad, la habilidad de enunciar leyes para identificar lo que se ve como siendo aquello que se ve, leyes que a su vez puedo compartir (“conocimiento” contiene el prefijo “Co-“ que expresa compañía, cooperación o participación con otro). “Saber”, en cambio, deriva del latín *Sapere*, que da el mismo origen etimológico a “Saber” y a “Sabor”, es decir, que designa la capacidad de emitir un juicio sobre algo, un juicio que siempre será particular.

Por eso, cuando escucho la alocución que Horacio escribe en la 2ª epístola a su amigo Lolius, “*Sapere aude*”: “Atrévete a pensar”, o “Ten el valor de usar tu habilidad para pensar” como también se traduce, entiendo que este ejercicio es el que me propone la Escuela, como también entiendo que el lugar para ejercitar esta osadía es el Cártel.

Así entiendo lo que Pepe Rubio nos planteaba en su intervención pasada de aprender a desprenderse del ejercicio metonímico de la lectura de textos ya que, como indicaba, este ejercicio sólo sirve para alimentar el goce de la acumulación de conocimiento, de teoría, a costa de matar el deseo de saber que es el que, al menos a mí, me pone “mu malito” ya que me hostiga y no hay manera de calmarlo.

Inter pares.

De lo dicho extraigo dos consecuencias. La primera es que el Saber no se tiene, se busca, lo que, como señalaba Elvira Tabernero en su intervención, supone la aceptación de una pérdida, la del brillo fálico de un saber aparente, de un saber supuesto que toma la forma de la erudición, con el consiguiente duelo que me remite a ese mi “Otro goce”.

La segunda consecuencia es la de que el Cártel es, o debería de ser, el lugar en el que cada uno puede, y debe, poner en ejercicio su “Sapere aude” inter pares, es decir, es, o debería ser, un lugar de parricidio realizado entre hermanos sin que de ello se derive ninguna ley que limite a cada Uno en su ejercicio de saber. Un lugar, por tanto sobre el que no pese la ley del padre que las más de las veces toma la forma de un “Freud dice...”, “Lacan dice...”, “Miller dice...”, etc.

La honestidad de la cita.

Todo esto que acabo de decir viene de mi comentario de una cita de la que he indicado su autor, Lacan, y el lugar donde encontrarla.

De acuerdo, no escondo mis cartas, soy honesto, no robo ni suplanto. Pero, si voy al principio de mi texto, puedo preguntarme: ¿a hombros de que gigante me subo cuando recorro a una cita como preámbulo de mis comentarios renunciando a glosarla, a limitarme a su glosa?

Mi respuesta es que me subo a hombros de los dos gigantes que he nombrado según el punto de vista desde el que contemple la respuesta. A hombros de S. Cristóbal si pienso que la cita la he traído para salvar el escollo de una detención en mi razonamiento. Pero también puedo pensarme como subido a hombros de Orión, a hombros de mi pasión ciega por seguir pensando, a hombros de mi duelo por la claridad teórica perdida cuando me atrapa mi pasión por la ignorancia, por mi saber incompleto y no renuncio ni a la una ni al otro.

Mientras pensaba en esto he recordado un comentario que escuché, o creo haber escuchado ya que mi memoria me falla, en una ocasión a Miller, o que escuché atribuido a Miller: “Como Lacan eligió la oscuridad (de su estilo gongorino, añadido) yo no tuve más remedio que optar por las luces (de la Ilustración, añadido también)”.

De la primera parte, de la oscuridad de Lacan, tuve mi propia experiencia en mi primer encuentro con un libro suyo: estudiando aun medicina acepté cambiar un libro de Ginecología que no me interesaba por el primer tomo de los *Escritos* a propuesta de alguien, un amigo de un amigo, a quien ese libro tampoco le interesaba y en cambio a mí me aproximaba a alguien de quien ya había oído hablar. Aparentemente los dos salíamos ganando.

Era verano y, en mi ignorancia, me llevé el libro a la playa como si de una novela se tratara. A las pocas páginas dejé el libro de lado harto de no entender nada y entonces reparé en una pequeña muesca que el libro tenía en la tapa y que traspasaba las primeras páginas y, fruto de mi contrariedad, empecé a fantasear con que alguien había clavado unas tijeras al libro llevado por la misma desesperación que yo había experimentado. Más de 40 años después de este mal encuentro aquí sigo, subido a hombros de ese gigante tratando de ver más lejos, tratando de tener mi propio punto de vista.

Pero, más allá de la anécdota, quisiera reparar también en lo engañosa que me parece la afirmación de Miller, afirmación propia o que alguien le atribuyó.

De nuevo soy honesto y doy mis referencias a tal fin. Respecto de la supuesta oscuridad de Lacan os remito, no a Góngora sino a la “Ascensión al Monte Carmelo” de S. Juan de la Cruz, ascensión con la que propone, y se propone, desprenderse de las luces y los brillos de la vanidad mundana para no ser distraído en su encuentro con Dios, con la verdad de Dios en la nada de la cima. Cuando se siguen en sucesión los Seminarios de Lacan se puede llegar a percibir su esfuerzo por elaborar su propio saber sobre conceptos como el de Inconsciente del que dice en 1967, y lo cito, que “La cosa no ha sido aun comprendida” (Cf. *Otros Escritos*, pág.: 349). Así también entiendo, por ejemplo, sus quejas por la excesiva asistencia de público a sus seminarios y su renuncia, constante, a ocupar el lugar de maestro.

Respecto de la elección de las luces de Miller, en cambio, os remitiría al cap. VI de *La fenomenología del espíritu*, donde Hegel viene a decir que todo el conocimiento de la Ilustración no colma la vivencia de la mismidad, no evita el tener que constatar una y otra vez que lo más ajeno a mí soy yo mismo.

Por tanto, ni el uno ni el otro quedan a salvo de su propia extimidad, con la diferencia de que cada uno eligió un estilo para hacer con dicha extimidad. ¿Recuerdan aquello de que “el estilo es el sujeto” en lo que tanto insistía en una presentación anterior?

Evocaré aquí una afirmación de Carmen Carceller cuando el curso pasado hablaba de la verdad mentirosa y se preguntaba sobre qué miente dicha verdad, a lo que ella respondía que la verdad del sujeto miente porque no da cuenta de su Real, ejemplificado aquí en esta extimidad oculta bajo la verdad del estilo del sujeto. Vuelvo a Lacan: “*Realität* y no *Wirklichkeit*, que sólo significa operatividad (realidad operativa): o sea aquello ante lo cual el psicoanalista de hoy hace sus reverencias sólo para aparentar” (Cf. “Del psicoanálisis y sus relaciones con la realidad”, in *Otros escritos*, pág.: 374).

Finalmente, y a modo de conclusión, de mi conclusión, os traeré una nueva cita de Lacan, esta vez sacada de su conferencia “La tercera” (Cf. *Intervenciones y textos*, vol 2, Ed. Manantial, pág.: 74-75). Lacan, hablando de la onomatopeya del ronroneo del gato, ruido que, cuando se acaricia un gato, parece surgir de todo su cuerpo, dice: “Con

esto entro en lo que quiero tomar como punto de partida. El que sea mi punto de partida no les da forzosamente la regla del juego, pero eso vendrá después. “Pienso... luego gózase” (*Je pense... donc se jouit*). Esto rechaza el “luego” el que dice “yo gosoy” (*je souis*).

“Hago un pequeño juego con esto. Rechazar aquí debe entenderse como lo que dije de la forclusión, que si se rechaza el “yo gosoy” (*je souis*) reaparece en lo real”.

Bien, llegados a este punto, en primer lugar debo expresar mi agradecimiento a los participantes en lo que pudo darse del debate en el curso anterior, de cuyas aportaciones me he servido para articular hoy la mía porque fueron aportaciones que no cayeron en tierra baldía. En segundo lugar yo debo interrumpirme aquí porque creo que por hoy ya he mareado bastante las aguas.

Siempre suelo finalizar estos textos como si de una misiva se tratara, es decir, con la expresión de un deseo. Esta vez, y para vuestro horror, antes de finalizar me volveré a citar a mí mismo sólo para recordaros que la vez pasada me despedía deseando que “la libertad, aquella con la que cada uno debe responder en el marco de su ética, no os atenace con su vértigo”. Aludía, es evidente, a la ética expuesta por Lacan en el Seminario VII.

Hoy me despediré con un nuevo deseo, el de que el texto que os acabo de leer os parezca feo, feo por los errores que a vuestro juicio pueda contener, feo porque la redacción os haya parecido insoportable, feo por su posible apariencia de pedantería o por las discrepancias que os suscite... Feo por lo que queráis, aunque no sea el adjetivo que os parezca ahora el más ajustado, feo, lo suficientemente feo como para que provoque en vosotros una pasión que os aleje de la contemplación enajenada y tranquila de la belleza.

Deseo, por tanto, ser interpelado, cuestionado, rebatido. Así aprenderé “inter pares”.

Vale.

Francesc Roca

Valencia, septiembre 2020